

MANZANA DE ANÍS
O LA HISTORIA DE UNA MUCHACHA COJA



I

SE llama Laura de Anís, pero, por diversión, por las pecas con que están enarenadas sus mejillas de rosa silvestre, la llaman Manzana de Anís.

Es encantadora, pero cojita y débil.

Esta mañana, con la contera de un bastón, apoyo de su andar difícil, Manzana de Anís hace llover las lilas. Gotas y flores, de un azul grisáceo como sus ojos, caen sobre la ceniza de seda de su cabellera que se desborda del sombrero. Tose, porque acaba de *respirar* un mosquito. Después, como siente un cos-

quilleo leve en las aletas sonrosadas de la nariz, movibles como las de una mariposa, se las frota de una manera exagerada, riéndose, con la palma de la mano. Esto hace que su madre observe:

—Te la vas á arrancar de la cara, la nariz, y eso que es muy bonita...

A lo que Manzana de Anís contesta:

—Que me importa que sea bonita, si no la veo más que en mi espejo... Y además...

—Además ¿qué?...

—Cuando hay que llevar este bastón... aunque sea de ébano...

La señora de Anís se pone colorada, aprieta mucho tiempo contra sí á su hija.

—... Mamá...

—¿Qué, hija mía?

—Yo no te debía decir nunca cosas como esa.

Manzana de Anís tiene diez y siete primaveras y media, si hay mitades de primavera. Nació el día en que su padre murió por un accidente de caza. La hubiera querido mucho, porque él tenía una naturaleza alegre y robusta, y porque el vigor se

enternece y cede al encanto de la fragilidad. Manzana de Anís fué semejante al tallo de los lirios de los valles de Salomón, tan delicado que se dobla, pero que, para crecer lánguidamente, se acoge á la sombra de las encinas.

Manzana de Anís cojea, pero es en ella casi una gracia. Al verla venir desde el fondo de la alameda, en el momento en que los pájaros beben las aguas de mayo, ó la hierba menuda desgrana collares de perlas de arco iris, creeríase ver andar á una lliana, balanceada apenas por la brisa. Encorva una rama por encima de su frente. Su tez de albaricoque sonrosado, en la sombra del vasto sombrero, hace un saludo á la luz. Su brazo levantado descubre la ausencia del pecho, hace resaltar la fina elegancia de las piernas altas y delgadas. Ninguna deformidad explica el andar, ¡ay!, vacilante. Creeríase que en la fatiga de ser graciosa, la gracia misma sucumbe. Contempla largamente un iris tan claro que la deslumbra y advierte que, por el centro, el rabillo de la flor es jobado.

Al dirigirse entonces hácia la fuente ve una nevatilla, entre las rocas de la cascada, que se balancea y bebe, y después anda con rapidez.

Y Manzana de Anís se pregunta:

La nevatilla ¿está acaso impedida? Creo que no. Cuando una nevatilla está impedida ¿la puede querer con amor un nevatillo?... Entonces se acuerda de un pajarillo hortelano que recogió hace tiempo. Arrastraba una brizna de brezo, atada á sus patas. Era un reclamo escapado. Ella le había libertado de aquel suplicio y devuelto á la libertad. De manera que como si no hubiera estado impedido... Su achaque era aquella brizna de brezo. ¡Ah! Si le hubieran podido quitar á ella su achaque, como una brizna de brezo... Decían que en Lourdes hay milagros... Había estado en Lourdes, de muy pequeñita. Nunca había sufrido tanto como al desvestirse para que la sumergieran en la piscina. Había rezado, había seguido la procesión, muy juiciosa. Estaba en un cochecito. No había podido ir á pie porque la cadera le dolía. El cielo vacío cantaba. Los cánticos,

creía ella verlos desarrollarse como grímpolas azules, subir como llamas hacia la palidez de los campanarios. Detrás de ella, estaba una más impedida que ella, una paralítica, le habían dicho, que ocultaba su rostro viejo entre las manos arrugadas por una especie de tierra. Manzana de Anís temblaba... Cuando habiandado la bendición—entonces, entonces, le habían dicho, era cuando había que rezar con más fervor—cuando, ante la roja ceguédad de la custodia, había bajado sus cabellos de ternura bajo la cólera de Dios... ¡Oh!... entonces había sentido un frío inmenso... Había llorado, en tanto que su madre le sostenía la cabeza. Sin embargo, no se había curado. Recordaba el regreso triste... Pero no guardaba rencor á Dios... Al contrario... Llevaba una medalla en donde estaba grabado: *Ruega. Cree. Espera.*

Manzana de Anís continúa su paseo, coge violetas, dibuja cosas en la arena, se asombra de que el pardillo tenga los ojos tan grandes, parecidos á los de la ardilla, mira al aire, cree distinguir moscas, compara el azul de las vincapervincas al color de la

leche en una botella, silba á Viernes, el perro, que no la oye—en primer lugar porque es sordo, piensa ella— además porque tengo la boca muy chica.

Pronto se reúne á su madre que la vuelve á acariciar, porque es una niña muy mimada. Pero Manzana de Anís, lejos de echarse á perder con tal solicitud, sigue siendo una manzana deliciosa...

Su única debilidad es la compostura, aunque en ella no haya coquetería, sino delicadeza, como si dijéramos el cuidado que se toma un pájaro de los torrentes. Su madre, su abuela paterna, su tío Tom des Arbailles, su tía Virginia des Arbailles, todos están á quién le regalará la piedra más bonita, el abanico más ligero. Se para en este marco brillante y matizado, peinada por la mañana de oro, cuya niebla parece humear en torno de ella. Apoyada en su bastón de puño, que figura una cabeza de cerceta con ojos que son de esmeralda, Manzana de Anís, adelantando la barbilla, contempla con esa mirada un poco altiva, que proviene de su raza y de su achaque,

las landas, la llanura que se va encorvando, los bosques nuevos, empurpurados por los cuchicheos de las savias impacientes. Todo danza en la luz que parece lanzar un grito. Y Manzana de Anís, bajando la frente, vuelve á emprender la marcha un poco penosa por las alamedas pálidas, pura como agua, sonrosada como una rosa, bajo los incensarios azules de las lilas.

Hay que creer en Dios. Y, ciertamente, Manzana de Anís cree en él. ¿No es él el que la consuela? ¿El que le da fuerza para no agriarse? ¿El que la hizo sollozar de agradecimiento hacia la vida el día en que comulgó, sin poder arrodillarse ¡ay! tanto como hubiera querido, al lado de las azucenas inflexibles, frente al altar incandescente?

... Por lo demás, sus parientes dieron siempre el buen ejemplo, muchos hasta entraron en religión: Magdalena des Arbailles, hermana de las Reparadoras, en Pau, en donde murió un Viernes santo, á las tres de la tarde. Manzana de Anís evoca á aquella prima, á la que sólo vió muy pocas veces, arrodillada

sobre el triste y frío resplandor azul que caía de las vidrieras á las losas de la capilla, y parecida, en el desplegarse de su cola, á un pavo real del Paraíso... Después á quien veía era al hermano Sebastián... Había ido á Tombuctu y, al regresar, casi en seguida, había hecho los votos... Hablaba poco, recuerda ella, y, aunque no tenía más que treinta años entonces, su barba era blanca como el polvo de los desiertos que había atravesado... Ahora estaba allá lejos, en la aspereza florida de un Alpe aromático... Sin duda soñaba, al dormirse en su celda, en los cuernos de la luna que cortan la sombra de los abetos... Sin duda cogía, al amanecer, plantas que tienen virtudes... Sin duda rezaba por Manzana de Anís... Y después otro tío de su padre, el tío-abuelo Huberto, que había querido ser cura rural y poseía el curato de Noarrieu, á tres kilómetros de la quinta... En el patio del presbiterio, había gallinas pintadas que se acogían á la sombra de los ricinos y cloqueaban quejumbrosas. En derredor del pozo abriáanse las bocas de las rosas y en el huerto los

perales de San Juan exhalaban, con la madurez de sus frutos, un perfume tibio, dulce y triste. Sobre la chimenea del comedor, se veía una virgen bajo un fanal y á un lado y otro de la Consoladora de los afligidos, la criada había puesto flores artificiales, espigas argentinas y doradas. Aquella criada era servicial. Tenía á la cintura llaves que sonaban contra la botella que traía de la bodega glacial á la hora en que el grito de los gallos responde al clamor de los Angelus.

Manzana de Anís se dice que tiene privilegio cerca del Todopoderoso, el que pertenece á semejante familia. Y así, nunca ha sentido inquietud por su padre, á quien lo súbito de un golpe mortal impidió únicamente el recibir los últimos sacramentos. Adoraba á ese padre desconocido para ella. Creía verle, algunas veces, al entrar en el Paraíso, de vuelta de la caza fatal que le habían contado. San Pedro abría la puerta, y los viejos lebreles fieles á su amo, humildes y cubiertos de todo, husmeaban las huellas de Dios.

... Señor, rogaba Manzana de Anís

en sus momentos de mayor fe, Señor, gracias por mi cojera. Señor, os ofrezco el pesar de no poder doblar la rodilla, y os ofrezco estos claveles del llano, en recuerdo de mi padre muerto, que los hallaba al perseguir á las perdices. Señor, yo no puedo cazar como él cazaba, pero puedo amaros. Me colmáis de la bondad de los míos, de mi madre, de abuelita, de tía Virginia y de tío Tom... Haced, Señor, que no tenga ninguna impaciencia, ni un refunfuño, cuando ocurra que dé un paso en falso. Vos, caísteis al peso de la cruz que llevabais; subisteis al calvario, mientras yo ando sobre el césped. Señor, libradme de la rebeldía; quitadme la amargura un poco celosa que siento á veces al contemplar el andar tan suelto de Lucía, de mi querida Lucía, tan perfecta, tan entregada á vos, Señor!...

Porque Lucía de Atchuria es una amiga de la misma edad que Manzana, una amiga muy graciosa, muy perfecta, muy piadosa en efecto. Las dos, tres veces por semana, dan lección con la misma institutriz que va alternativamente de la quinta de

Anís á la quinta de Atchuria. Lucía es morena y llena. Tiene una boquita pequeña, sangrienta, en la que se ven dos hileras de pepitas de nácar, cuando se ríe ó cuando se asombra. Sus ojos son negros como dos bayas de belladona, de tan negros, casi duros; su nariz, de pico de codorniz, es tan bonita que mueve á risa; su tez es la de la mandarina y sus cabellos, lucientes de azul, parecen siempre á punto de soltarse... Tan buena, tan delicada, tan no sé cómo decirlo, que cuando se pasea con Manzana de Anís y la siente cansada, simula fatiga, apoyándose en ella ligeramente. Es muy divertido el contraste que ofrece la hermosura de estas dos muchachas...

Y precisamente hoy Lucía viene á almorzar á la quinta de Anís. Salta de la diábala y descubre la picaresca redondez menuda de su pierna. Hace pensar en la lechera de la fábula...

¡Oh frescura de las adolescentes!
¡Sonrisas plenas como frutas!
¡Sangre bermeja que corres bajo las nuca descubiertas!
¡Seguridad de vosotras mismas!
¡Flores que nadie ha tocado!
Venid... ¡Que vuestra

inocencia me encante y que inspire á los caramillos que coge el Poeta en Primavera y que hace sonar á la sombra de los álamos nuevos!

Y, al pie de la escalinata, Manzana besa á Lucía:

—¡Esta feúcha que no ha venido hace tanto tiempo!

—Manzana querida, hemos tenido gente... Hemos sentido que no te hayas dignado reunirte con nosotros... Te hubieras reído enormemente... Figúrate... Era una guasa... La señora de Lante, subida á una encina... Sí, querida, á una encina, de noche, para imitar al ruiseñor... Silbaba... Nosotros, desternillándonos... El señor Ficaire estaba debajo del árbol... Papá, ya sabes como es, ha gritado á la señora de Lante: «¡Vamos, chiflada! ¿Quiére usted bajarse de ahí? ¡Si su marido viviera, ya le daría á Vd. silbato!»

—¡Es increíble, querida!...

—... Tanto más que el señor Ficaire, que quisiera casarse con esa loca, ha estado de hocico toda la noche y que...

—Llaman á almorzar... Subamos...

—... Verás cómo no se casa con

ella... ¿Tendréis gente en la quinta esta tarde?

—Sí, casi todas las amigas han dicho que vendrían. Hay salida en el convento. Es primer jueves de mes.

—¡Ah!

—Dime, querida...

—Querida...

—¿Estaba Mariquita Arnústegui en vuestra casa... en esa reunión?

—Sí...

—¿Sola?

—Sí... no... Su hermano Juan la acompañaba.

Entran en el comedor, en donde la señora de Anís, tía Virginia des Arbailles y abuelita de Anís besan á Lucía.

—¿Cómo están los de Atchuria?

—Muy bien, gracias, señora.

—¿Y tú, Lucía?

—Muy bien, gracias, señora.

La madre de Manzana de Anís, que pregunta, es hermosa todavía, de una hermosura algo ruda que su diligencia no gasta. Amiga de labores domésticas, hija de una de esas casas en que imperan el orden y la economía, se había criado sana y

fuerte entre los armarios sonoros repletos de ropa blanca olorosa. Ella era la que, desde muy joven, en el comedor familiar, partía el pan, arreglaba las frutas, colocaba la espesa garrafa azulada sobre el mantel, vigilaba para que la fuente de mármol no se agotara. Referiase que el mismo día de su boda se había levantado á las tres de la mañana, fresca como la campiña que se despierta, que había puesto ella sola el numeroso servicio de mesa, adornado de capuchinas los frutereros, arreglado á los primitos... Y que en menos de media hora se había vestido el traje de novia...

¡Feliz, decían los ancianos al hablar de ella, feliz el que alcanza la mano de una mujer así! Es de la raza de los ángeles y de las sirvientas.

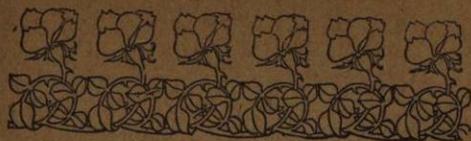
¡Ay! La felicidad que daba al señor de Anís fué corta. Hubiérase dicho que aguardaba ella el instante preciso del horrible accidente para dar á luz y evitar á su marido el pesar de saber que la flor deliciosa nacida de ellos, nacía herida... como moría él.

Tía Virginia, que es una solterona

con aspecto de caballote distinguido, delgada hasta parecer tejida de largos ensueños, tía Virginia, que á ejemplo de su hermano Tom, ha venido á vivir á la quinta de Anís—menos con motivo de pretendidos arreglos de familia que con motivo de una pasión inmoderada por Manzana—tía Virginia reza el *Benedicite*. Como su hermano, no se parece á su hermana la señora de Anís.

Abuelita de Anís, pequeña, gorda y sonrosada, con anteojos siempre brillantes sobre la nariz, hasta cuando los cree perdidos, se sienta con la sonrisa de una persona sorda que quiere mostrarse afectuosa hasta con los que no oye.

Por lo que hace á tío Tom, solterón, de nariz roma y ojos azules de muñeca, luenga barba rubia, apariencia de sabio del Atica, está dirigiendo un discurso de sílabas incoherentes á su fiel falderillo Viernes, cosa que á nadie, ni al perro mismo, le sorprende. Todos están habituados á las maneras de tío Tom que, por ser un gran botánico y un verdadero poeta, no deja de ser un gran original.



II

POR la tarde, cuando llegan las compañeras, á Manzana de Anís le gusta que se baile. Conmueve la delicadeza de tocar ella misma el piano y de complacerse en tal diversión imposible para ella. Son diez muchachas, inclusas Manzana y Lucía. Las señoras trabajan en bordados ó labores de gancho. El tío Tom, antes de ir á buscar otra vez su microscopio, gusta de contemplar esos bailes blancos en los que las curvas le hacen pensar en los tallos de la madre-selva ó del lirio de los valles de Salomón, de ver bullir á esas mujercitas como flores, en el salón inmenso,

bajo la mirada taciturna de las que sobreviven en los retratos sombríos y que sintieron antiguamente la mordedura de los Ensueños en el alma ó en la boca.

Y la danza que Manzana de Anís prefiere acompañar, es aquella en que, con mayor gracia y languidez acaso, se levanta y se baja el arco de marfil de las piernas juveniles. Es el *pas de quatre*, en que dos bailarinas, cogidas por el talle, bailan siempre la una al lado de la otra, pero hacia adelante, y parecen animadas por una sola armonía, por una misma flexibilidad nerviosa, formando así una doble y encantadora quimera. Nada puede decir la voluptuosidad de esta danza en la cual, lentamente, se alzan y se bajan, detenidas y suspensas un instante, las rodillas de dos adolescentes, vírgenes como las pasiones que van á llegar. Tendriase por un divino tronco, guiado por el mismo Amor con frenos de lilas invisibles.

... Luisa baila con Coralía, Mariquita con Cristina, Ivona con Paquita, María con María. Graciosa está sentada no lejos del tío Tom.

Cuando los últimos acordes mueren, y el alma del piano y la de las muchachas tiembla todavía, el hermano de Mariquita, Juan Arnústequi, entra, saluda á las señoras de Anís y á tía de Arbailles, tiende la mano al tío Tomás que le sonríe.

Tiene veintitrés años. Es basco por su padre, y de origen español por su madre que llevaba el apellido de Elgorriaga. A su madre, que murió joven, atolondrada y encantadora, la conoció Juan lo bastante para recordarla algunas veces. Creía volverla á ver, fina como la hoja de un puñal, hablando con volubilidad en el momento de ir á algún baile. Bajo la mantilla antigua, sus cabellos, más negros que la noche, se exaltaban, incendiados por camelias. Se inclinaba sobre la cuna de su niño, le contemplaba con aquella mirada que, á la impresión más fútil se hacía ardiente hasta punto de locura, y le decía con su voz ronca y dulce, como la de los campanarios españoles:

—¡Juan mío, serás más juicioso que yo! Y se reía. Y el niño, con los ojos semicerrados, veía la puerta abrirse

otra vez y á la luz de las antorchas que sostenían las doncellas, dos pies de cierva encorvarse en el resplandor de los escarpines.

De su madre, Juan, ha heredado la hermosura y el amor á los juegos y al baile. Sus mejillas, bastante llenas y rasuradas, su sonrisa sin tacha, sus ojos verdes, su nariz romana, sus cabellos llenos de azul, su tez de cuero dorado afirman su raza. Nadie mejor que él, con cesta de mimbre, hace botar y rebotar la pelota pesada de una á otra pared del trinquete de Irún.

... También el tío Tom reclama en seguida:

—Juan... La jota.

Se callan. Manzana de Anís, pero esta vez con palidez inexplicable, hasta tal punto que su madre le pregunta si está mala, vuelve á sentarse al piano.

Como Mariquita Arnústegui se ha recusado, Lucía de Atchuria se levanta.

Atravesados los cabellos por una flecha de jacinto rosáceo, hechicera en su traje corto que descubre sus piernas redonda calzadas de seda

de bronce, caladas, Lucía de Atchuria se coloca frente á Juan Arnústegui. El ritmo vacila, luego se apodera de ambos. Levántanse los brazos, encúrvanse como asas por encima de la cabeza que se echa atrás, chascan los dedos como castañuelas. Lucía levanta poco á poco la pierna derecha, como si fuese á subir la primera grada de una escalera aérea, frunce el ceño. Sus ojos de belladona, con el sobresalto del ritmo, ensordecido por una guitarra que Mariquita acaba de descolgar de la pared, dilatan sus bayas oscuras hasta tomar una expresión bravia, de puro ardiente.

Juan se balancea largamente, luego dobla ante ella una rodilla y parece suplicarla, como ante un toro joven el matador que le hace frente...

Entonces, dejando el piano, con una pluma de jacinto, blanca entre sus cabellos de sol bajo la nieve, Manzana de Anís, apoyada en su bastón, da lentamente la vuelta á la sala.

Invita á sus amigas á la merienda que ha preparado. Se coje al brazo de Lucía que le dice con ternura:

—Mira, me fastidia un poco bailar siempre la jota ó el fandango con Juan...

A lo que Manzana de Anís responde sólo con una sonrisa y una caricia de sus dedos fríos en la conchilla tenebrosa formada por el espeso moño de Lucía.

Juan da las gracias á Manzana de Anís por haber acompañado tan bien aquella danza. Ella se ruboriza y ofrece al joven un vino de fuego, dejando que el chorro llene un tulipán de cristal.

—¿Te olvidas de mí?—dice el tío Tom—sonriente cerca de Juan.

—¡Oh!... Buen tío Tom... No. Nunca me olvido de ti... Buen tío Tom... ¿Qué tal van las plantas que duermen?

—¡Vaya, hijas mías, venid á verlas!—exclama el tío Tom.—Y las muchachas se levantan en seguida murmurando unos *si, sí, sí! Sí, sí sí!* Así hacen los gorriones en mayo cuando el alma de las azucenas, esparcida por los jardines, los invita á visitar los nidos de musgo.

¡Oh! Los gritos de los pájaros y de las muchachas, y el latir de alas y

de vestidos sobre la sombra de los bojes, cuando se creyera ver ya las flores que están para llegar en las hojas hinchadas de savia, cuando ya, sobre las céspedes del bosque, tiembla el nácar de las anémonas.

El laboratorio, ó, más bien, la estufa... ó, mejor, la cabaña del tío Tom—como la llama su hermana Virginia—está situada en un tranquilo rincón del parque. Allí, ningún ruido, sino á veces el martilleo del gorrión trepador, el acorde sordo de la ardilla, el caer de una bellota. En la tibieza de este refugio, comparado por Manzana de Anís, cuando era pequeña, á un diamante de las *Mil y una noches*, flota el misterio de las plantas. Es un recogimiento. Y aun hoy le ocurre á Manzana de Anís, tanto como cuando era pequeña, que sofoca el ruido de sus pasos y contiene la respiración cuando entra en esta estufa en ausencia del tío... como si temiera ver de pronto desenrollarse hacia ella, como una serpiente, algún helecho sombrío. Hay una mesa con un microscopio encima, por el que ha mirado algunas veces. Los granitos de polen son

como mundos que se abren en el caos de una gota de agua... Algunos pelos forman como un bosque de setas sobre un desierto... Hay tejidos como panales de abeja, delicados con complicación, enjorados de cristales de los que parece esparcirse una luz de gruta, tejidos purpúreos, negros, violáceos, rosados, azules, tejidos con los que se hubiera hilado el vestido de Cenicienta. ¡Ay! ¿Cómo no había de tener Manzana de Anís tal finura de alma, después de haber contemplado todas estas finuras de las flores?... Aquí está el aparador de las plantas durmientes, más en particular estudiadas por el tío Tom; son las *mimosas*, que se colocan entre los pechos de las muchachas y que, por eso quizá, se ven obligadas á adormecerse; son las *oxalis*, que tienen, en cada hoja, dos corazones... y esos corazones, en el crepúsculo, se acercan para no tener frío. ¿En qué soñarán esas hierbas? El tío le ha dicho que Van Tieghem, un gran botánico, muy á menudo citado por él, cree que las plantas vienen tal vez de la luna, que han sido traídas á la tierra por exhalaciones. Enton-

ces, estarán soñando, creo yo, en sus hermanas que se han quedado allá, en los continentes del astro que se ve de noche en las riberas del mar de la Crisis ó del golfo de la Desolación... ¿Cómo serán las muchachas de la luna?... Deben tener la tez muy pálida. ¿Irán con sus novios á pasearse á la luz de la tierra? ¿Habrá muchachas... habrá en la luna muchachas cojas por las que nadie sentirá nunca amor?

Tío Tom está contentísimo de dar explicaciones á toda esta juventud á la cual se ha unido deliciosamente abuelita de Anís, que va del brazo de Juan Arnústeguí.

—¿Véis—dice tío Tom—esta semilla que he puesto en algodón? Es una semilla muy antigua, una semilla de heliotropo encontrada en un sarcófago... Acaso germine...

—¡Oh! ¡tío Tom!... ¿Una semilla de muerto?...

—Y pensad en lo maravilloso que es, prosigue el botánico, que en esta semilla, desde tantos siglos ha, la plantita esté en vela... De manera que se hundían tronos, volcanes sorbían islas, Dios era crucificado, y

este átomo de vida vegetal, en su obscuro reino, no hubiera necesitado sino una gota de agua para perfumar á los reinos que renacían, á las islas que se volvían á formar y á la cruz que alzaban otra vez los conquistadores del Santo Sepulcro!... ¿Y, durante estos períodos, de qué se nutrió?... Sencillamente, de un poco de almidón...

—¡Coralia! ¡vas á romper esa maceta!

—Bah... Déjame...

—Yo—dice Cristina en voz baja—yo creía que el almidón no servía más que para planchar los cuellos...

—¡Cállate, cabeza de chorlito!...

—Y un día—termina el tío Tom—un día, esta pobre simiente, perdida en lo infinito, me ha caído en la mano... Y la que dormitó en las tinieblas, al lado de alguna momia, va indudablemente á estirar sus umbelas azules. Y quizá, hijas mías, de este mismo heliotropo depositado—¿quién sabe?—por algún príncipe egipcio sobre el cadaver de la que al morir le dejaba desolado, nacerá otro heliotropo del que ofreceréis ramilletes á vuestros novios.

—Nunca es demasiado pronto—observa tía Virginia, siempre sentimental, dirigiéndose á Juan—para hablar de noviazgos á los muchachos...

El tío Tom, á esta reflexión inesperada, suelta la risa.

Pero Manzana de Anís se entristece, mira á Juan, después á Lucía. Y se dice:

Acaso aquella princesa egipcia era hermosa como Lucía y aquel príncipe, guapo como Juan. Debe ser grato para las muertas que aquellos que las lloran pongan flores sobre sus cuerpos... Aquella princesa egipcia debía estar sentada, como en grabados que yo he visto, inmóvil, con las manos abiertas sobre las piernas como husos, con una especie de casco en la cabeza... Pero no estaría siempre así... Debía ser ágil, saltar al ruido de los címbalos sobre el elefante sagrado... ágil como Lucía... y andaría con gracia...

